

joven escritor no ha sabido tomar la ruta que marcan.

No tiene, en realidad, su libro, ninguna de las cualidades indispensables, demasiado sabidas para enumerarlas, de toda obra de avanzada. Y tiene, en cambio, ciertas ingenuidades de colegial no precoz.

Su poema «Desilusión» dirá más que nuestros comentarios.

Estas calles de San Juan  
que yo piso ahora,  
con su desfile de amigos y enemigos;  
con sus autos, rojos, verdes, grises,  
con sus tiendas  
cuyas vidrieras son sirenas envidia-  
[bles  
para las «flappers» de boca de car-  
[mín;  
con sus «business-men»,  
cuyo corazón es una caja de armo-  
[nías,  
y con sus poetas, tenaces en el en-  
[sueño,  
vendrá un día,  
en que dejaré de pisarlas...

No sabemos si en esas tierras vejadas por el cazador yanqui se llama literatura de vanguardia a lo que en estas latitudes no lo es, o si este joven portorriquense no representa genuinamente esa modalidad en su patria.

En todo caso, sin encasillar su «Breviario de Vanguardia» (1), en ninguna escuela, nos parece la muestra de un temperamento nada rico.—C. P. S.

(1) Tipografía San Juan.—San Juan, Puerto Rico.

## BIOGRAFIA

ISABEL Y ESSEX, por *Lytton Strachey*.

Lytton Strachey ha sido traducido al español (1).

El maestro de la biografía recientemente fallecido entra sí en conocimiento directo con el gran público de nuestra lengua. Desde que el autor de «Queen Victory» cultivara el género, éste ha hecho una larga y brillante trayectoria, de tal manera Isabel y Essex llega al público hispano, en la edición que hoy comentamos, después de la mayoría de sus discípulos, lo cual sirve maravillosamente para constatar el valimiento de su arte, los méritos personalísimos de su manera de escritor.

A todos los iniciadores de un género, propulsores y maestros de una modalidad literaria habría que leerlos en iguales circunstancias que a Strachey después de la copiosa obra de los que han seguido su huella, de esta suerte lo duradero y personal de su arte sobreviviría en seguida por sobre el lugar común y el comentario fácil que siempre rodea a los autores de una obra de primera mano.

Isabel y Essex es uno de los últimos libros realizados por el escritor y narra en verdad, por sobre la atracción histórica de la época Isabeliana, la situación personal de la Reina con respecto a Roberto Devereux; con sus alternativas tan humanas de debilidades, infidencias, reconciliaciones, etc... La

(1) Editorial España, 1932.

novedad que introdujo en la biografía Strachey es precisamente ese apartamiento de la historia estadística, de los datos de texto para considerar a los personajes de sus libros en su pura psicología humana, temporal e indurable. ¡Qué difícil es imaginarse a Elisabeth, reina la más brillante de Inglaterra, sin el ornato inherente a su rango despojada del preparativo cortesano con que más o menos la han tratado, desvirtuando su figura, acomodando sus rasgos, todos los que han escrito sobre su vida y su tiempo. Strachey prescinde del fin político, quita a Elisabeth esa rigidez de baraja que tienen las galerías de príncipes para entrar en su vida privada que trata con una familiaridad que si no alcanza a ser impertinente, queda fluctuando en el límite de lo irónico y lo cotidiano. El mecanismo de su procedimiento es ante todo biográfico, apenas si estuca él el fondo de la época que trata con ligeros toques, en cambio traza vidas, hace retratos constantemente, ilustra con personajes de segundo y tercer orden el ámbito en que actúan sus héroes. Ya en «Queen Victoria» se acusa esta manera de proceder: Lord Melbourne, Lord Palmerston, Disraeli forman el escenario, dan la nota al ambiente en que se mueve el personaje central; procedimiento indirecto pero eficaz siempre para que el lector se ubique por sí mismo en la trama del libro. Sin duda, que los defectos de los hombres eminentes, sus características sobresalientes, sus pequeñas manías tienen una relación esencial con el proceso colectivo en que participaron aún son a

veces la fórmula misma en que se concibieron y llevaron a la práctica acontecimientos de importancia mundial para la historia.

En este libro sobre Isabel la figura de ésta y la de Essex se reparten por igual la importancia en el libro, la reina de carácter voluble, indeterminada de quien nunca se conoce su última opinión y el conde de Essex violento temperamento sanguíneo, impetuoso y admirador rendido de su majestad a quien cautiva e influye aún después de su muerte. Ahora ¿qué queda detrás del astro y de la estrella? Sir Roberto Cecil que es la lógica implacable, el razonador frío y poderoso que lentamente domina todos los negocios del Estado, Sir Walter Raleigh el intrigante que gana y pierde sucesivamente, Francisco Bacon el intelectual que se equivoca fácilmente en política, y el rey Jacobo, y Tyrone y el doctor López y los conspiradores españoles. Con esto la época está hecha, la Corte de Whitehall está ahí funcionando, Isabel en sus habitaciones con su peluca postiza y sus afeites, rodeada de sus damas; para expresar la popularidad de Essex basta citar los versos de Shakespeare.

Strachey tiene el don instintivo del equilibrio, ese equilibrio sensorial que no es en ningún caso la timidez del escritor que no se atreve a subrayar un rasgo peligroso de un personaje, sino más bien la exactitud en el corte para no insistir demasiado en el detalle ya sea éste de éxito fácil o constituya de por sí una audacia de biógrafo:

«Era una vieja absurda y terca,

que sólo vacilaba cuando debía estar firme, mostrándose tal exclusivamente en la perversidad. Y él, al fin y al cabo, era un hombre asistido de un poder viril de determinación y penetración; podía llevarla tras de sí, si ella quisiera seguirle; pero el nado había invertido los papeles y el señor natural era un criado. Quizá pudiera, tales veces, imponerle su voluntad; pero, ¡qué derroche de energía, qué prolongada afirmación de masculinidad necesitaba para ello! ¡Una mujer y un hombre! ¡Sí; en rigor, era evidente hasta dejarlo de sobra! ¿Por qué estaba él donde estaba? ¿Por qué había tenido alguna influencia en algún momento? No sólo estaba claro, sino que era ridículo, desagradable: satisfacía las extrañas ansias de una virgen de sesenta y tres años.»

El parece ignorar las reacciones que estimula su obra en el lector, el autor se coloca en un plano absolutamente distinto al del lector, actitud que constituye, a nuestro juicio, la suprema dignidad literaria. Es tal vez este detalle psicológico el que da la calidad a los libros de Strachey hasta hacerlos inconfundibles, ahí recibe su maestría, lo inimitable de su genio, lo común es que el autor resbale como en una trampa en el truco de éxito, participe él mismo de ese sentimiento posterior de ironía, adversión, o admiración que experimenta el lector en un libro, sería más de la cuenta de un personaje o no escatime un comentario personal a su costa, el mismo comentario que el lector iba haciendo ya entrelíneas. Esto es ponerse a la altura del lector, ir junto con él y a

veces detrás de él. Strachey no abandona jamás su privilegio de creador y de estilista, su actitud es siempre sabia y escéptica, pues no se abandona ni un momento a la vanidad de mostrar los resortes de su arte que él emplea solamente, utiliza con indiferente seguridad.—  
T. L.

VIDA DE MANUEL RODRÍGUEZ, EL GUERRILLERO, por *Ricardo A. Latcham*.

Ya llegan a nuestro ambiente literario algunos de los problemas y de las inquietudes del mundo occidental. Y, no solamente como una mera moda, sino como algo que tiene también una apagada, pero efectiva resonancia.

Después de la gran guerra, el grueso de la producción literaria europea trata de alejar al hombre de nuestro tiempo de la realidad que lo oprime, y le revela regiones del mundo y del alma propicias al olvido de sus afanes inmediatos, o el horizonte indeciso y brumoso del pasado.

Este brusco interés por la historia de ambiente, por resucitar los grandes hombres de otros tiempos a la luz de un método y una documentación modernos, responde a una necesidad de fugarse de las prosaicas e ineludibles urgencias de la vida presente hacia otras épocas en que la vida parece tener una finalidad, porque se conocen sus formas terminadas y sus consecuencias, o porque tal vez se espera encontrar en sus problemas ya